

IL RICORDO E L'IMMAGINE

Vecchia e nuova idenlità italiana in Argentina

a cura di ILARIA MAGNANI



EDIZIONI SPARTACO

EL COCOLICHE: UN OBJETO DE ESTUDIO ESCURRIDIZO

di Ángela L. Di Tullio

Introducción

En su libro de viajes *Tipos y costumbres bonaerenses* (1886), el periodista italiano Aníbal Latino, pseudónimo del genovés José Ceppi, observaba una tendencia a uniformar las costumbres en el Buenos Aires cosmopolita de la época:

Entonces –dirá alguien– ¿qué costumbres predominan aquí? ¿No tiene fisonomía especial Buenos Aires? Sí, señor; tiene fisonomía cosmopolita, que es la que van asumiendo todas las grandes capitales. Colectivamente, aún pueden verse en algunas fiestas y solemnidades bien caracterizadas las costumbres y los hábitos tradicionales de argentinos, italianos, españoles y franceses. Se modifican, sin embargo, cada vez más, porque individualmente no hay europeo que siga, ni pueda seguir, los hábitos traídos de su país de origen, ni hay, por otra parte, argentino que no se aficione a una u otra de las inclinaciones de sus huéspedes. Mientras los italianos toman mate y se vuelven [...] rumbosos y poco dados al ahorro, hay porteños que rabian por los *tagliarini* y los *ravioli*. Se tiende, pues, a la uniformidad por concesiones mutuas; si algún día llegara a lograrse esa uniformidad, y todos los habitantes fueran argentinos, y dejaran de venir importantes núcleos de extranjeros, cosas, a la verdad, un poco difíciles o lejanas, entonces sería cuando Buenos Aires tendría un sello especial de originalidad.¹

Un proceso similar se daba en el plano lingüístico entre el español y el italiano a través de concesiones mutuas. El inmigrante se esforzaba por comunicarse y su interlocutor argentino, por entenderlo y responderle –aunque a menudo burlescamente–. Ese esfuerzo cooperativo significó un proceso de acomodación y ajuste entre las variedades habladas por unos y otros en las zonas populares. El resultado fue doble: una variedad híbrida –el «cocoliche»– y un argot urbano, –«el lunfardo».

¹ A. Latino, *Tipos y costumbres bonaerenses*, Hyspamérica, Madrid 1886, p. 86.

La Argentina actual ha cumplido con las condiciones planteadas por Latino para adquirir su “sello de originalidad”. Aunque falte un balance definitivo sobre la experiencia de contacto entre italiano y español, muchos autores² aceptan que el italiano ha influido en el habla rioplatense en diversos niveles lingüísticos y paralingüísticos (los sonidos, la entonación,³ el léxico e incluso la gramática, además de la gesticulación). Esta influencia es lo que queda como precipitado de la experiencia del contacto, puesto que el cocoliche ya ha desaparecido y el lunfardo ha ido ganando aceptación social como modalidad coloquial de Buenos Aires.⁴

La polisemia del término «cocoliche»

El término «cocoliche» es polisémico. José Podestá, director de la compañía que organizó el sistema teatral argentino, cuenta en sus *Memorias* (1930) cómo nació en 1890 el personaje que constituirá uno de los éxitos de su compañía: «—Ma quiame Franchisque Cocoliche, e songo cregollo gasta lo güese de la taba e la canilla de lo caracuse, amigue, afficate la parata...».⁵ La manera defectuosa de hablar y la pretensión disparatada de parecer criollo son los dos rasgos característicos del personaje, que sirve de contrapunto cómico al gaucho Juan Moreira. El personaje concreto, que surge en esa circunstancia particular, pasa a ser una presencia obligatoria del teatro costumbrista argentino, y de allí se proyecta como máscara en el carnaval y como tipo por su manera de vestir o de actuar: «persona mal vestida o grotesca».⁶ El nombre

² G. Meo Zilio, *Italianismos generales en el español rioplatense*, BICC, XX., 1965, pp. 68-119; E. Golluscio de Montoya, *Los italianos y el castellano de Argentina*, “Río de la Plata”, 10, 1990, pp. 59-72; M^a.B. Fontanella de Weinberg, *Contacto lingüístico: lenguas inmigratorias*, “Signo & Sena”, 6, 1996, pp. 437-457; A. Cancellier, *Lenguas en contacto. Italiano y español en el Río de la Plata*, Unipress, Padova 1996; L. Colantoni y J. Gurlekian, *Convergence and intonation: historical evidence from Buenos Aires Spanish*, “Bilingualism Language and Cognition”, 7, 2, 2004, pp. 107-119; entre muchos otros.

³ La proximidad entre el español rioplatense y el italiano y la correlativa distancia del español europeo, e incluso de las modalidades americanas, son reconocidas por los extranjeros, como señala Golluscio (*Los italianos*, cit., p. 63): «La influencia de la inmigración italiana en la cultura argentina fue considerable: se adivina [...] en una cierta forma de hablar el castellano, especialmente en las ciudades rioplatenses (la entonación, la cadencia, la fuerza de la voz, la gesticulación que acompaña la palabra) que hace que cuando un porteño habla francés en Francia, su interlocutor lo toma por italiano».

⁴ O. Conde, *Diccionario etimológico del lunfardo*, Taurus, Buenos Aires 2004; M. Teruggi, *Diccionario de voces lunfardas rioplatenses*, Alianza, Buenos Aires 1998.

⁵ J. Podestá, (1930) *Medio siglo de farándula*, Estudio Preliminar de O. Pellettieri, Galerna, Buenos Aires 2003, p. 66.

⁶ Teruggi, *Diccionario de voces lunfardas*, cit.

del personaje se expande también como denominación de la lengua del inmigrante, primero en la recreación paródica del teatro y luego en la realidad que refleja.

Reducido a su condición lingüística más básica, el cocoliche representa la zona en que ambas lenguas difieren en la fonética, el léxico o la gramática. En este espacio no compartido se suelen concentrar los errores, las interferencias, las contaminaciones. Actualmente no solo se aplica al español hablado defectuosamente por cualquier italiano, no necesariamente inmigrante, sino también al italiano torpe de los argentinos cuando pretenden expresarse en una lengua que no dominan. Esta acepción, que hace abstracción de la situación histórica y de la dirección en el proceso de adquisición, amplía el significado de «cocoliche» como sinónimo de «variedad defectuosa en la interacción bilingüe entre español e italiano».

Borges acuñó otro significado; con punzante ironía, definió el «cocoliche» como objeto académico de los lingüistas del Instituto de Filología,⁷ a los que acusa de inventar jergas y dialectos, inexistentes en Argentina: «Han improvisado el *gauchesco*, a base de Hernández, el *cocoliche*, a base de un payaso que trabajó con los Podestá; el *vesre*, a base de los alumnos de cuarto grado».⁸

Esta cadena de acepciones se ordena en un sentido de creciente generalidad:

Nombre propio de un personaje > personaje del italiano >
lengua del personaje teatral > lengua de los inmigrantes
italianos > variedad defectuosa en la interacción bilingüe italo
española > objeto de estudio de los lingüistas

La polisemia de la palabra cocoliche se asocia a la importancia y complejidad del contacto entre español e italiano en la Argentina de la época inmigratoria, tanto en el plano estrictamente lingüístico como, en un sentido más amplio, de su valoración cultural y su representación literaria. De hecho, fue la única de las variedades inmigratorias que tuvo una denominación propia y a la que se apunta en las polémicas referidas al deterioro de la lengua y la cultura. Su importancia se acrecienta por su visibilidad y rica elaboración en obras literarias, como el sainete y el grotesco en el teatro, el cuento costumbrista y el tango, así como probablemente también por el fuerte rechazo que suscitaba en los sectores culturalmente prestigiosos.

⁷ En la revista *Sur* (N° 89, febrero de 1942, pp. 79-80) Amado Alonso, Director del único referente posible, el Instituto de Filología, defiende su idoneidad y honestidad profesional frente al ataque: «Como muestra de estilo, el pasaje acotado de Jorge Luis Borges es tan excelente como otros de sus mejores páginas; como información es errónea; como estimación, injusta».

⁸ J.L. Borges, *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires 1973, p. 654.

En este trabajo me concentraré en dos acepciones del término –el cocoliche de la literatura y el de la realidad–, que a menudo se solapan y se confunden. La dificultad, e incluso imposibilidad, de constituir el «cocoliche real» como objeto de estudio desligado de su representación literaria corroboraría la acepción borgiana del término. Aun así, la innegable realidad del italianismo obliga a realizar el intento de sondear esa variedad escurridiza.

El cocoliche

La gran inmigración italiana a la Argentina se realiza en dos oleadas: la primera, desde 1880 hasta aproximadamente el inicio de la Primera Guerra Mundial, y la segunda, desde el fin de la Segunda Guerra hasta alrededor de 1955, cuando comienza a cambiar la dirección del flujo migratorio. Aunque estuvieron representadas casi todas las regiones italianas, en la primera predominaron las regiones septentrionales, mientras que en la segunda, las meridionales. Cabe conjeturar, pues, que se reprodujo en el nuevo medio el mosaico dialectal italiano, aunque probablemente reducido por los procesos de selección y simplificación que se suelen operar en situaciones de transferencia de lenguas y culturas.

En la situación de contacto con el español rioplatense se produce el cambio de lengua de los inmigrantes, que no solo es un conjunto de episodios individuales sino que alcanzó una envergadura social. Sin embargo, la duración del proceso y la calidad del resultado dependieron de factores personales, como el dialecto del inmigrante, su grado de escolaridad, su conciencia lingüística, las redes sociales, endogámicas o exogámicas, que mantuvo, la edad, el tiempo de permanencia en la Argentina, la voluntad de asimilación al nuevo medio. Ahora bien, entre el «desmoronamiento» del dialecto italiano y su sustitución, total o parcial, por la variedad rioplatense del español se sucede una serie de interlenguas, que indican el progresivo aprendizaje del español. Estas sucesivas hipótesis constituyen el continuum del cocoliche.

Las obras lexicográficas coinciden en señalar el carácter mixto del cocoliche: «lenguaje híbrido que usan los extranjeros, particularmente los italianos ignorantes de nuestra lengua»,⁹ «castellano chapurreado y macarrónico que usan los extranjeros ignorantes y en especial los italianos»;¹⁰ «lenguaje característico del

⁹ T. Garzón, *Diccionario argentino*. Imprenta Elzevieriana de Borrás y Mestre, Barcelona 1910.

¹⁰ L. Segovia, *Diccionario de argentinismos*, Coni Hermanos, Buenos Aires 1912.

italiano al comenzar a aprender nuestra lengua, escribe Morales que es el italiano acriollado...»;¹¹ «lengua torpe y ridícula del italiano inmigrado»;¹² «modo de hablar... que se caracteriza por la mezcla de español e italiano»;¹³ «jerga¹⁴ mezclada de italiano y español, propia del período migratorio, difundida y recreada por el sainete a principios de este siglo». Como se ve, estas definiciones evitan precisar, por lo general, si el cocoliche es una lengua, un dialecto o una jerga. Tampoco aclaran si es una variedad del español o del italiano, o bien una lengua autónoma. Por otra parte, los componentes denotativos se entrecruzan con los valorativos, como lo indica el nombre mismo o los adjetivos peyorativos que a menudo se incluyen en las definiciones.

En los estudios dedicados al tema, como Meo Zilio y Cancellier, en cambio, se suele recurrir a definiciones negativas: el cocoliche no es un *pidgin* (o *sabir*) ni una lengua criolla. En efecto, el *pidgin* surge a partir de una relación acotada al ámbito comercial o a una sociedad esclavista; por eso, como las jergas, no cubre todas las esferas ni las funciones de una lengua natural. También es un sistema muy reducido tanto en el léxico como en la gramática, que proviene del contacto entre lenguas muy diferentes desde el punto de vista genético y estructural. Asimismo, la vida del *pidgin* está limitada a la duración del contacto. Uno de sus posibles resultados es la criollización, por la que se convierte en la lengua materna de una comunidad, con el consiguiente enriquecimiento interno y funcional. A diferencia de estas variedades, el cocoliche surge en una situación de contacto extendido a todas las esferas de la vida de relación entre dos lenguas genéticamente emparentadas y muy similares en su estructura flexiva y en su sintaxis, por lo que mantiene un grado considerable de complejidad gramatical. No se transmite a los otros miembros de la comunidad lingüística, que lo entienden pero que no lo hablan, a no ser como estrategia cooperativa para dirigirse a un extranjero (*foreigner talk* o «habla extranjera»).¹⁶ Tampoco se transmite a las generaciones siguientes, por

¹¹ F. Coluccio y S. Coluccio, *Diccionario folklórico argentino*, TI, Plus Ultra, Buenos Aires 1999.

¹² J. Gobello, *Nuevo diccionario lunfardo*, Corregidor, Buenos Aires, 1999.

¹³ G. Haensch y W. Rainhold, *Diccionario de español de Argentina*, Gredos, Madrid 2000.

¹⁴ En el DRAE figuran dos acepciones de «jerga»: Lenguaje especial y familiar que usan entre sí los individuos de ciertas profesiones y oficios, como los toreros, los estudiantes, etc. y jergonza (es decir, lenguaje difícil de entender). En los trabajos especializados en las lenguas de contacto, el término se emplea para aludir al primer estadio, el más primitivo, de estas variedades (R. Appel y P. Muysken, *Bilingüismo y contacto de lenguas*, Ariel lingüística, Barcelona 1996, p. 262).

¹⁵ Academia Argentina de Letras, *Diccionario del habla de los argentinos*, Espasa, Buenos Aires; Real Academia Española, *Diccionario de la lengua Española*, Espasa, Madrid 1999.

¹⁶ Appel y Muysken, *Bilingüismo de contacto de lenguas*, cit.

lo que no se convierte en lengua materna de la comunidad. De este modo, el hablante cocoliche está condenado a un intercambio asimétrico, en el que le toca el lugar del error, la burla o la displicencia, como señala el gramático Juan Selva al ubicarlo entre los factores que producen la corrupción del español porteño:

Hay que reconocer entre los gérmenes corruptores que obran en Buenos Aires, un factor que no es tan poderoso en España: el habla popular que nace de la mezcla de extranjeros, el cocoliche, curiosa hibridación que aporta el inmigrante cuando se afana en usar nuestra lengua; algunos dan por imitarlo por lo mucho que mueve a risa, y ha llegado a tener su literatura, ya en libracos, ya en hojas periódicas, ya en los celebrados dramas criollos; sus palabras podrán ser tomadas en uso por la clase culta en algunas ocasiones para mejor inteligencia en las indispensables relaciones con los vendedores ambulantes, «changadores» y demás gentes que puedan usar esa jerga; pero con todo eso está muy lejos de concederles arraigo, como lo demuestra el hecho de que a pesar de constituir el italiano la gran mayoría del elemento inmigrante, sean tan escasas las voces y giros de esta procedencia que registra nuestra habla culta.¹⁷

A diferencia del *pidgin* y de los criollos, el cocoliche no es una lengua autónoma. Si es, entonces, una variedad subordinada a otra, ¿de qué tipo de variedad se trata y a qué lengua está subordinada? En ninguna de las definiciones se precisa si se trata de un dialecto, nivel de lengua o registro, aunque se lo describe como una manera particular de hablar, sentido en el que también se puede interpretar el término «jerga». Por lo general se considera una variedad del español,¹⁸ aunque ha sido entendido también como una variedad del italiano hablado fuera de Italia por emigrados italianos.¹⁹ En realidad, ambas adscripciones dan cuenta de momentos sucesivos del proceso de cambio de lengua: del polo italiano, al que pertenece el cocoliche a su llegada, se acerca gradualmente al español (por lo general, un «español italianizado»).

La ausencia de precisiones sobre el tipo de variedad y la disidencia con respecto a qué lengua pertenece no son defectos de los lexicógrafos, sino que, más bien, tienen que ver con el carácter inestable y cambiante del cocoliche, que puede corresponder tanto a una fase temprana de la adquisición del español por parte

¹⁷ J. Selva, *El castellano en América*, librería de García Santos, Buenos Aires 1906, pp. 35-36.

¹⁸ Segovia, *Diccionario de argentinismos*, cit.; Teruggi, *Diccionario de voces lunfardas*, cit.; B. Lavandera, *El componente variable en el uso verbal bilingüe*, en "Variación y significado", Hachette, Buenos Aires 1984, pp. 57-74.

¹⁹ Coluccio y Coluccio, *Diccionario folklórico argentino*, cit.

del inmigrante, como señala Coluccio, o bien a un resultado defectuoso de este proceso, como lo entiende Gobello. En el primer caso, la variante mixta se ubica del lado italiano («italiano acriollado»); en el segundo, del lado español («castellano chapurreado y macarrónico»). Los límites entre el italiano y el español se vuelven difusos para el hablante cocoliche; al dejar de reconocer la interferencia de una lengua sobre la otra y la contaminación recíproca, pierde la capacidad de conmutarlas (*code switching*) según su intención estilística y se va quedando con el cocoliche como único medio expresivo.

En su efímera vida el cocoliche se mantiene en un continuo cambio, con múltiples variantes, con la variedad de opciones (pluriformismo), propia de las variedades no estandarizadas: que lo ubican en el terreno de la *parole* saussureana; así, es posible que en una misma construcción la *-s* final de plural se suprima unas veces, se mantenga otras o vaya seguida de una *-e* paragógica: «Ma entonces no la había conucido [...] ¡Non siento mase come ante la volontà! Soy lo' túpido... Ella se ríe, sa ríen los dos» (Carlos M. Pacheco *Los disfrazados*).

Por otra parte, el cocoliche está restringido al uso oral, al intercambio lingüístico inmediato, y al registro coloquial. Esta fijación del cocoliche en un registro conlleva una variación estilística muy limitada; por ejemplo, en *La gringa* de Florencio Sánchez, la alternancia entre «vos» y «usted» no atiende a las condiciones pragmáticas que regulan su empleo, como se ve en el uso de las fórmulas de tratamiento por parte de Nicola, que se dirige a su mujer de dos maneras diferentes: «Vos, cálese» y «Usted calláte», ambas erróneas por falta de concordancia entre pronombre y verbo.

Las características enumeradas del cocoliche —inestabilidad, variación, pluriformismo, fijación estilística— lo tornan un objeto de estudio inaprensible, sumamente escurridizo, del que resulta imposible formular una gramática. Por la misma razón tampoco existen diccionarios de cocoliche, aunque sí de argentinismos y de lunfardismos. El carácter variable y «espontáneo», no normativizado, es lo que el cocoliche tiene de común con los otros tipos de lengua mixta.

Dificultades en el estudio del cocoliche

Como señalaba Borges en su mordaz referencia al Instituto de Filología, el «cocoliche académico» se basaría en la descripción de la lengua de los personajes del circo, o género chico teatral. De hecho, los estudios de la lengua inmigratoria

no se han realizado con los métodos habituales en la lingüística (encuestas, entrevistas, o grabaciones del habla espontánea), sino a través de obras literarias que lo representan; al ir desapareciendo el cocoliche real con los últimos inmigrantes, esta fue la única vía de acceso, pero lo fue incluso cuando existía una población que empleaba el cocoliche. Aunque esta opción metodológica no está exenta de peligros, parece ineludible por las dificultades inherentes a su estudio, que se plantean, directa o indirectamente, algunos estudios relativos al tema.

En un artículo pionero sobre las influencias recíprocas entre el italiano y el español en el Río de la Plata, Meo Zilio (1964) enfoca el «cocoliche»²⁰ desde tres puntos de vista: como resultado del proceso histórico inmigratorio, en un sector social determinado (los protoinmigrantes incultos) y, en el estrictamente lingüístico, a través de un conjunto de rasgos debidos a la interferencia del italiano sobre el español. Los rasgos más numerosos y marcados son los fonéticos, entre los que menciona treinta diferencias. En el léxico señala los préstamos, los calcos y las contaminaciones. Entre los morfológicos, varios corresponden a «errores» en relación con el género, el uso del artículo o el valor de los tiempos verbales. Los de sintaxis se centran en las diferencias en el uso de las preposiciones: *ir del médico*, el uso de la perífrasis por el futuro: *vado a fare* y otros muchos. También consigna algunas diferencias estilísticas entre las dos variedades en el orden de las palabras, en la tendencia a la adjetivación hiperbólica y en el «achatación expresivo-melódico». En realidad, como el autor señala, todas estas contaminaciones son previsibles a través de un análisis contrastivo entre las dos lenguas, pero documenta algunos fenómenos a partir de ejemplos de emisiones orales, textos periodísticos y publicidad. Asimismo, Meo Zilio advierte que los datos morfológicos y sintácticos los recogió de «inmigrados italianos de cierta cultura, provistos de un mínimo de conciencia lingüística, mayor que la de los inmigrados incultos, los cuales, después de cierto tiempo, hablan una lengua tan híbrida que se hace difícil establecer si es italiano españolizado o es ya español italianizado».²¹

Aunque el cocoliche se diferencia del *pidgin* y el criollo por la conservación de gran parte del sistema flexivo de las lenguas románicas a partir de las que se

²⁰ Consciente de la novedad de su trabajo, el autor propone posibles investigaciones futuras, como la comparación entre el cocoliche de hablantes de las zonas dialectales meridional, central y septentrional. También reconoce el interés del tema del italianismo en el Río de la Plata, es decir, «las reacciones del español rioplatense frente a la acción del italiano» como parte del problema de la «diferenciación del español del Plata con respecto al de España» (Meo Zilio, *Italianismos generales*, cit. p. 111). Como apéndice, transcribe tres textos en cocoliche, que traduce al italiano y al español.

²¹ Meo Zilio, *Italianismos generales*, cit., p.80.

forma, existen algunas diferencias en los usos, significados y distribución de las categorías en las dos lenguas, como ocurre con los contextos que seleccionan el modo subjuntivo: así, en italiano se usa el subjuntivo en la aserción débil: «Credo che sia troppo difficile per me», mientras que en español se usa el indicativo: «Creo que es demasiado difícil para mí». El análisis de Lavandera,²² basado en cincuenta horas de grabaciones de entrevistas a hablantes cocoliches, se refiere, en cambio, a un contexto en que las dos lenguas coinciden: así, cuando se expresa una orden, en el discurso directo aparece una forma de imperativo, y en el indirecto, el subjuntivo, tanto en italiano como en español, como se ve en los siguientes ejemplos.

DD: Me dijo: Lláname temprano.

DI: Me dijo que la llamara temprano.

DD: Mi disse: Telefonami presto.

DI: Mi disse che le telefonassi presto.

Lo que la lingüista señala como peculiar del hablante cocoliche es la falta de alternancia modal en los hablantes cocoliches; concretamente, en la ausencia del subjuntivo en los contextos correspondientes al discurso indirecto, lo que interpreta como reducción del sistema de opciones y la consiguiente pérdida de un recurso estilístico disponible para los hablantes monolingües, o bilingües cultos: «El uso del discurso directo es tan frecuente que constituye uno de los estereotipos del *cocoliche*»²³ Esta observación se ejemplifica con dos textos y sus respectivas paráfrasis, en las que la lingüista corrige el discurso directo del hablante cocoliche con el correspondiente discurso indirecto en que el verbo subordinado aparece en subjuntivo, como en:

Bueno, dije, no cambiamo y no vamo a dormir y yastá

Bueno, yo dije que nos cambiáramos y que nos fuéramos a dormir y ya está.

Ahora bien, el predominio del discurso directo sobre el indirecto ha sido reiteradamente señalado como una característica de la lengua oral y, en particular, de la lengua expresiva (por eso el apéndice «ya está» resulta muy raro en el discurso indirecto), ya que permite representar la polifonía del lenguaje de manera vivida

²² Lavandera, *El componente variable*, cit.

²³ Ivi, p. 68.

y teatral. La selección del discurso directo depende del registro en el que se inscriba el texto, más que de la condición bilingüe o monolingüe del hablante. En todo caso, el grado de cultura puede resultar uno de los factores que incida en la frecuencia de su uso: como variante estilísticamente marcada en los más cultos o como única posibilidad en los hablantes poco cultos, entre los que cabe ubicar a los cocoliches.²⁴ En todo caso, la hipótesis que sustenta la autora no aparece fundamentada con un análisis comparativo con hablantes monolingües de la misma condición sociocultural de los bilingües.

Golluscio de Montoya²⁵ define el cocoliche como un pseudo-*sabir*,²⁶ que la literatura ha ficcionalizado, y al lunfardo como un conjunto de procedimientos lingüísticos que, en función cripto-lúdica, constituye un vocabulario especial y paralelo al usual. Entre las palabras que forman el lunfardo generalizado –alrededor de 6000–, que amplía las posibilidades de la jerga delictiva original, más del 40% provienen del italiano.

Estos trabajos plantean, directa o indirectamente, la dificultad inherente al estudio del cocoliche. Meo Zilio precisa la extrema inestabilidad y fluctuación del cocoliche en la falta de conciencia lingüística de los hablantes y la fórmula como «tantos cocoliches como hablantes». Las zonas de interferencia entre ambas lenguas resultan previsibles, pero la multiplicidad de los resultados se debe a factores individuales. A pesar de la distancia requerida por Golluscio entre el «cocoliche real» y su «versión ficcionalizada», el único trabajo que se refiere a «textos reales» es el de Lavandera, que, sin embargo, no trata un rasgo específico de los hablantes cocoliches ni tampoco una comparación con los hablantes monolingües.

²⁴ Por otra parte, el modo subjuntivo en el discurso indirecto es obligatorio en las dos lenguas en el caso ejemplificado, es decir, cuando el contenido de la subordinada corresponde a un acto de habla directivo (y en tal caso no hay alternancia con el indicativo) o en contextos negativos, como: «No dijo que estuviera cansada», en la que el emisor de la oración no se compromete con la verdad del contenido de la oración subordinada, frente a «No dijo que estaba cansada», en la que el emisor expresa tal compromiso. Este valor del subjuntivo que conlleva una sutil diferencia semántica sí pone de manifiesto un grado considerable de cultura idiomática en los hablantes.

²⁵ Golluscio de Montoya, *Los italianos y el castellano de Argentina*, cit.

²⁶ La palabra francesa *sabir* es el correspondiente del inglés *pidgin*, pero se suele restringir a las lenguas mixtas surgidas en la Europa mediterránea o en los puertos y países de lenguas de origen románico. Son lenguas aprendidas en determinadas circunstancias, que no se transmiten de padres a hijos, como los criollos, porque se crearon para responder a las necesidades concretas de determinados grupos plurilingües y no a las de una comunidad de habla. (E. Alcaraz Varó y M.A. Martínez Linares, *Diccionario de lingüística moderna*, Editorial Ariel, Barcelona 1997, p. 507). El pseudo-*sabir*, en cambio, es usado solo por uno de los grupos, el dominado, mientras que el dominador le responde en su propia lengua.

En la actualidad ya no es posible reparar esta falta de material «auténtico», puesto que los hablantes cocoliches aún vivos sufren por lo general un deterioro de su sistema producido por la edad y por una «crisi di rigetto, che porta l'emigrato a non saper più...comunicare ad un "livello soglia" minimamente accettabile». ²⁷ Aunque, desde el punto de vista metodológico, no sea legítimo tratar la versión literaria del cocoliche como un mero reflejo de la realidad lingüística, los textos en cocoliche han constituido un testimonio muy valioso para acercarse, con los debidos recaudos, al cocoliche real, como lo reconocen implícitamente las antologías del cocoliche que acompañan a algunos de los estudios;²⁸ y hoy son prácticamente el único testimonio que nos queda. En ellos el cocoliche se construye como recurso para caracterizar al personaje a través de unos pocos rasgos estereotipados. Lo que se pretende así, más que un registro mimético de las hablas, es producir el «efecto cocoliche», es decir, ficcionalizar el habla inmigratoria; esta operación se realiza a través de las operaciones de selección de los rasgos que serán las marcas del cocoliche y de su focalización hiperbólica, que los destaca en contraste con el habla de los criollos o de los otros extranjeros –sobre todo, la fonética es la marcadora privilegiada del origen étnico, como se ve en el sainete, que reúne el italiano, el turco, el judío, el gallego, el catalán, el vasco; en segundo término, algunas piezas léxicas, en particular las interjecciones y locuciones interjectivas («Madona santísima», «Eccolo qua», «Porca miseria», «Evviva Italia», (Alla salute)).

Las fuentes del cocoliche

La escasez de trabajos basados en encuestas, entrevistas o grabaciones del habla espontánea se debe a las características del «cocoliche real»: la extrema variación y el polimorfismo, derivados de la falta de estandarización, se combinan con la recurrencia de las variables fonéticas y de la fraseología expresiva. Los estudios del cocoliche real han recurrido de manera constante al cocoliche literario, por lo general complementado con otros procedimientos como el análisis contrastivo entre las dos lenguas o las observaciones casuales, como ya se ha

²⁷ V. Lo Cascio, *L'emigrazione italiana: aspetti sociali e linguistici*, en Lo Cascio (ed), "L'italiano in America Latina", Felice Le Monnier, Firenze 1987, p. 89-118.

²⁸ Meo Zilio, *Italianismos generales*, cit.; A. Rosell, *El cocoliche*, Disa, Montevideo 1970.

señalado en Meo Zilio.²⁹ La construcción literaria del cocoliche brinda valiosos testimonios de sus características lingüísticas y, además, del intercambio con el español hablado por los sectores populares en la época de la gran inmigración, origen del proceso de convergencia del que deriva la dupla cocoliche / lunfardo.

En el proceso de selección las opciones provienen de dos zonas dialectales italianas: una septentrional, el genovés y otra meridional, el napolitano. La primera, en la llamada literatura *giacumina*, se inicia con el folletín *Los amores de Giacumina* (1885) y se extiende al sainete; el napolitano, en el cocoliche propiamente dicho, se consagra con el personaje homónimo en la compañía de los Hermanos Podestá, que se convierte en una constante del teatro. En algunas obras, el italiano se escinde entre el personaje cómico y el trágico, como en *Los disfrazados* de Carlos M. Pacheco: además de la comparsa formada por gauchos y un cocoliche,³⁰ el locuaz y seguro Pelagatti: («ta garanto ca la società corale e musicale “Lunione italo-argentina de San Crestófole”, va a llamare latencione, tanto que pogueta sere pe so traque artístique come pe lo seguinte motive, rue punte...») se opone al taciturno don Pietro, que rumia su desgracia musitando: «miro lumo», en la que el cocoliche consiste en un tenue fenómeno de fonética sintáctica: el artículo apocopado se une a la vocal inicial del sustantivo: «lumo», «latenzione», aunque en otros casos comprende también una partición silábica diferente a la del español: «Bono Saira» (por «Buenos Aires») dice Miguel en *Mateo* de Armando Discepolo.

Cada uno se caracteriza por un conjunto de opciones: la caída de consonantes finales en el genovés, a veces combinada con la -s hipercorrecta («Eso mimo día il tatas de la muchacha anduvo invitando a los amicos per la fiesta dil casamiento que teñiba logar el día dispoei» *Los amores de Giacumina*), y la inclusión de -e paragógica en el napolitano («Cuando párlase connigo te complícate», *Stefano*³¹); la tendencia a cerrar las vocales en el primero («purquería», «burrachún», con el sufijo despectivo -ún) y a abrirlas en el segundo: «begote», «fantásteca», entre otros contrastes similares.

²⁹ Meo Zilio, *Italianismos generales*, cit.

³⁰ También el tango *Cocoliche* de Dante Linyera (1930) representa a Cocoliche como una máscara o un disfraz: «¿Qué hacés, che, mascarita? / La pucha que esgunfias; / con esa cara'e loco, / ¿pa que te disfrazas? / Si vos sin la caleta / ya disfrazao estás; / si vos sos cocoliche / aunque no usés disfraz... Cocoliche corno yo / sólo hay otro: mi papá». Adolfo Prieto (*El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires 1988) muestra cómo se inserta la figura del cocoliche en el ambiente nacionalista de la época del Centenario.

³¹ A. Discepolo, *Obras escogidas* con prólogo de David Viñas, 3 vol., Jorge Álvarez, Buenos Aires 1969, p. 586.

Las obras del cocoliche

La literatura argentina se ha caracterizado, desde muy temprano, por su fuerte sensibilidad a la mimesis de la lengua hablada. En esta línea cabe considerar la innovación que significa la literatura gauchesca, que da la palabra a una figura socialmente depreciada, sin la mediación de un narrador culto, o la casi simultánea incorporación de las variedades inmigratorias, ya prefigurada en el personaje del centinela «papolitano» que aparece en el *Martín Fierro* de José Hernández (1872, 1.889-930). El cocoliche, desde 1885, se constituye en el vehículo lingüístico de una literatura popular, narrativa y teatral: el «sainete» y luego el «grotesco», en el que las limitaciones lingüísticas se tematizan como obstáculos comunicativos y símbolos del fracaso.³² Paralelamente, el cocoliche va dejando de formar parte de un personaje caricaturesco y se convierte en un instrumento más denso y complejo.

En las primeras obras³³ aparecen unos pocos rasgos estereotipados. Así, en *Los óleos del chico* (1892) de Nemesio Trejo el napolitano Genaro incurre en los errores habituales del cocoliche, entre los que se destacan la caída de -s y otras consonantes finales, el enmudecimiento de las vocales finales y el añadido de la -e paragógica, como se ve en el siguiente pasaje: «Me hane dicere que hane invitato muchas muchachas lindas que se muevene que da calor. Adelante, señore, aséntase, ahura tocate un valse...»³⁴ así como las discordancias entre el verbo y el pronombre en el uso de «vos» y «usted»: «¿Quién te ha invitato a usted?». La alternancia entre «invitato» e «invitato» ejemplifica el plurimorfismo del cocoliche, propio de una variedad no estandarizada. En *El diablo en el conventillo* de Carlos Mauricio Pacheco (1916) los italianos, Manfredi y Don Angelo, representan las dos variantes de la lengua inmigratoria literaria: el genovés y el napolitano, respectivamente. Conviven en el conventillo con españoles (gallego, vasco y andaluz) y con criollos. Mientras que los italianos se caracterizan por los rasgos fonéticos respectivos (Manfredi: «Gracia que tenía ista curbata negra...Ya lleva siete entierro. E la conservo come ina reliquia...¿Osté non va al entierro?». Angelo: «Ostede pode irse a dormire tranquilo...nada mase»), todos los criollos han incorporado palabras o frases italianas, que usan con el sentido literal o figurado: Quiñones:

³² L. Ordaz, *Inmigración, escena nacional y figuraciones de la tanguería*, Editores de América Latina, Buenos Aires 1997; D. Viñas, *Grotesco, inmigración y fracaso: Armando Discepolo*, Corregidor, Buenos Aires 1997.

³³ En S. Marcó et al. (ed.), *Antología del género chico criollo*, Eudeba, Buenos Aires 1976.

³⁴ *Ivi*, p. 17.

«Casi me desarman la gamba izquierda...». Gallino: «Compadre, la cosa está que bruccia. Entonces, señores, será hasta domani». Ceferino. «¡Mama mía! Le di al farabuti e la cartonería». Julia: «Los jettatores existen».

Entre los personajes de *Los hijos de Pérez* (grotesco, 1916) de Carlos de Paoli, ninguno es italiano; sin embargo, las interjecciones o expresiones exclamativas suelen ser en italiano: «¡Qué familia, mama mía!»; «No pegués, Ciliberto de la madona, porque te doy en la buseca»; «¡Pobre de mí, la tempestá si avvicina!». El hijo Filiberto, «un perfecto animal de diecisiete años» según la acotación escénica, se caracteriza por su manera vulgar de hablar, en la que se destacan algunas construcciones sintácticas peculiares, que se atribuyen al italiano, sobre todo dialectal: así, la construcción «en sándwich», que la retórica denomina «epanadiplosis», enmarca la información focal, precedida y seguida por el elemento repetido: «Ya está embromando, ya está»; en cuanto a los pronombres átonos, se diferencian en el orden: «te si cortó el resfrío de golpe», o en la concordancia: «pa qué se vamo a asustar».

El teatro de Armando Discépolo no hace concesiones pintorescas a la figura del cocoliche ni a su lengua. El escenario de la convivencia entre italianos, criollos y extranjeros se ha trasladado del espacio abierto del conventillo al interior de sus habitaciones (*Mustafá y Matea*), a una casa de un barrio pobre (*Stefano*) o al sótano de una casa rica (*Babilonia*). También el cocoliche se ha personalizado (parafraseando a Meo Zilio, «un cocoliche para cada personaje») e interiorizado en la expresión de juicios y sentimientos, a veces ordenado en una serie formada por grados, como en Piccione y Cacerola, Stefano y sus padres, Gaetano y su hijo Peppino, pero otras refractado en la secuencia del cocoliche de los padres al lunfardo de los hijos en *Mateo* o *El organito*.

La lengua se ha enriquecido en cantidad y variedad: la fonética capta más matices individuales (y grupales: el catalán de Astrada, el árabe de Mustafá y las diferentes lenguas de los sirvientes en *Babilonia*: el francés, el alemán, el gallego y el italiano del protoinmigrante Piccione y del neoinmigrante Cacerola), el léxico italiano no está circunscrito a la zona de la expresividad e incluso la gramática se ha ampliado y complejizado:

-Papá, la vita es una cosa molesta que te ponen a la espalda cuando nace e hay que seguir sosteniendo aunque te pese... Porque, a la fin fine, l'ideale es el castigo di Dio al orguyo humano.

-Entonce, el hombre que lo abusca, este ideale ca no s'encuentra, tiene que dejare odo como está (*Stefano*³⁵).

³⁵ Discepolo, *Obras escogidas*, cit., p.587.

El italianismo

Aunque Scalabrini Ortiz (1931) estimaba que el resultado final de la experiencia inmigratoria italiana serían algunos apellidos y «unos veinte italianismos en el lenguaje popular, todos muy desmonetizados: *Fiaca. Caldo. Lungo. Laburo*», el italianismo se extiende a una parte importante del léxico diferencial de las repúblicas del Plata, que constituyen el «foco de irradiación» a otras regiones americanas.³⁷

En el primer trabajo estrictamente académico referido al tema, *Contribución al estudio del italianismo en la República Argentina*, Renata Donghi,³⁸ discípula de Américo Castro, consigna un repertorio de más de cincuenta vocablos, que ubica en el registro familiar y vulgar por su procedencia social. Meo Zilio³⁹ registra alrededor de 300, entre los que incluye no solo piezas léxicas sino también unidades morfológicas (como los sufijos –ina, –oli, –eli) y estructuras fraseológicas (como «a la salute», «piano-piano», «que te la voglio dire»). Otros autores se concentran en algunas zonas del vocabulario; como Fontanella de Weinberg⁴⁰ en el léxico de la gastronomía. En realidad, dada la abundancia y variedad del italianismo en el español rioplatense, cabe distinguir varios estratos: los italianismos internacionales («aria», «piano», «témpera», «acuarela», «olio», «camarín», «regata», «graffitti», «raconto», «marquesina»), los del lunfardo en sentido estrecho, propios de la «mala vida» («bufoso», «escrushar», «chafo», «esparar», «yuta», «cafishio», «yiranta», «pichicata»), y los de uso general en la lengua conversacional, que algunos autores consideran lunfardo en sentido amplio; por ejemplo, «grisín», «banquina», «bochar», «altoparlante», «feta». Estos vocablos, pertenecientes al léxico de la vida cotidiana, no compiten con palabras españolas porque designan nuevos referentes y no están marcados por su pertenencia social o un registro particular. Esto ocurre con el léxico de la gastronomía: «brócoli», «radicheta», «rúcula»,

³⁶ R. Scalabrini Ortiz, *El hombre que está solo y espera*, Editorial Reconquista, Buenos Aires 1941, p. 33.

³⁷ Meo Zilio, *Italianismos generales*, cit., p. 70. De hecho, cuando un rasgo (fonético, léxico e incluso gramatical) es exclusivo de esta zona, resulta sospechoso de italianismo: es lo que ocurre, por ejemplo, con la pérdida de la –s final de palabra; la entonación (Colantoni & Gurlekian, *Convergence and intonation*, cit.), algunas palabras que no se usan en otras regiones.

³⁸ Donghi, Renata, *Contribuciones al estudio del italianismo en la República Argentina*, Publicaciones del Instituto de Filología, Buenos Aires 1925.

³⁹ Meo Zilio, *Italianismos generales*, cit.

⁴⁰ M. B. Fontanella de Weinberg, «Una fugaza con fetas de panceta y provolone». *La incorporación léxica en el español bonaerense*, «Estudios sobre el español de la Argentina», Universidad Nacional del Sur Bahía Blanca 1994, pp. 51-77.

«bondiola», «mortadela», «cuartirolo», «muzzarella», «añolotis», «canelones», «pesto», «faina», «fugazza», «pascualina», «pesceto», «risoto», «casata», «pastafrola», «grapa», «marsala», «mistela», «moscato», entre otros términos incorporados más o menos recientemente; entre los términos generales de la vida cotidiana, se usan a menudo «batifondo», «berretín», «bulín», «canilla», «cotolengo», «cucha», «cucheta», «chapar», «chau», «chimento», «enchastrar», «espamento», «facha», «faso», «fato», «fiaca», «gamba», «grupo», «laburo», «linyera», «mufa», «naso», «nono», «pasticho», «pibe», «yeta», «yírar»; los calificativos personales «capo», «chanta» (<«chantapufi»), «engrupido», «farabute», «mersa», «plantado», «posta», «urso», pero se predicen de diferente tipo de entidades «lungo», «grosso», «berreta» (<«berretíntratativas»), entre otras muchas).

Merece destacarse que «capuchino» o «pizza» eran corrientes en Buenos Aires en la década del 30, como lo demuestra el hecho de que Arlt los usara en *Aguafuertes porteñas*.⁴¹ Abundan los italianismos en los artículos, publicados en el diario *El Mundo* entre 1928 y 1933, que se recogen en esta obra, como lo muestran los títulos mismos: *El «furbo»*; *Divertido origen de la palabra «squenún»*; *¡Atenti, nena...!*; *«Laburo» nocturno*; *El origen de algunas palabras de nuestro léxico popular*, en que se refiere al genovesismo «fiacún» y a otros italianismos que han sufrido cambios semánticos como «manyar» («darse cuenta»). Estas palabras, y otras muchas que define y contextualiza, prueban su teoría: «nuestro caló es el producto del italiano aclimatado».⁴²

El italianismo excede al cocoliche en el tiempo, en el espacio y en la amplitud social de los hablantes que lo emplean, pero fundamentalmente se caracteriza por el proceso de adaptación que supone su incorporación al español rioplatense, expandido en derivaciones metafóricas. Así, «ñoqui» no designa solo un tipo de pasta, sino que, por extensión metafórica, significa también un golpe («darle a alguien un ñoqui»), pero en un contexto como: «algunos cuentan con un antecedente de ñoqui en la administración pública» se entiende como «un empleado que, sin trabajar, cobra su sueldo puntualmente a fin de mes», acepción que se explica por asociación metonímica con el día 29 de cada mes, que se consagró como «día del ñoqui» a partir de una supuesta tradición italiana.

⁴¹ En las *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt. Entre las nueve ocurrencias de «pizza» registradas en el CORDE (Corpus histórico de la RAE) la más antigua es de 1951; la correspondiente a España, está extraída de *Diario de un emigrante* de Miguel Delibes (1958). Las correspondientes a la bebida «capuchino» son incluso posteriores (por ejemplo, de 1985 en México).

⁴² lvi, p. 64.

Conclusiones

El término «cocoliche» designa, en principio, el resultado incompleto e insatisfactorio de la adquisición del español por parte del inmigrante –es decir, un proceso individual–, pero se configura socialmente como medio de expresión de un grupo en un determinado período histórico. Su interés fundamental reside en ser la vía de acceso del italianismo, que el lunfardo elabora y fija. No obstante, el hecho de haber sido la única de las variedades inmigratorias que recibió una denominación, de cristalizarse como convención del género en la literatura popular y de convertirse en el blanco de los ataques del medio intelectual de la época han conducido esta reflexión sobre «lo que se cifra en el nombre».⁴³

⁴³ Verso de la milonga *Jacinto Chiclana* de Jorge Luis Borges.